



Domingo de Pascua

Queridos hermanos,

Hoy es el día santísimo de la Pascua, en que florece la alegría. Porque hoy se realiza, se desvela ante nuestros ojos y celebramos la verdad del destino de la creación, el bien y la gloria a la que Dios la llama, y que es el esplendor sin fin de la vida resucitada.

Jesús se levanta al tercer día de lo hondo del abismo. El sepulcro ya no puede retener al vencedor de todo mal, que lleva a cumplimiento la misión recibida del Padre, la redención y la salvación del mundo.

Él es testigo de la verdad, y será juez de vivos y muertos. El amor, con el que quiso morir por nosotros, expresión humana del corazón de Dios, será criterio definitivo. En presencia del Señor no habrá ninguna otra ley, no habrá fuerza mayor ni sabiduría o argumentos más convincentes: participando de este amor, todo se puede esperar; sin él, nada.

Pero este amor, en el que Jesús resucita, es nuestra victoria y la de nuestro mundo. En él resuena la afirmación divina hecha el día de la creación –vio Dios que era bueno– y repetida ahora al culminar el drama de la historia.

Nuestra existencia personal, la del mundo, es buena. No está bajo el poder del mal y de la muerte. No puede ser juzgada como radicalmente negativa, como si vivir y ser felices sólo se alcanzase olvidando esta tierra y dejando atrás sus estrecheces; y no, como Dios quiere, iluminándola desde un corazón y una conciencia fiel, que se expresa en el cuidado de las cosas y las personas, y en el amor personal y el sacrificio, hecho muchas veces en la fatiga y las limitaciones, en las formas de nuestra pobreza, que permiten resplandecer al amor de modo si cabe más elocuente.

No podemos arruinar la creación, la naturaleza, la historia, con nuestro egoísmo, con explotación, abusos y guerras. Ante la luz de la resurrección sabemos que nuestro verdadero destino es cuidarlas, darles su forma buena, como solo puede hacer la humanidad de nuestro corazón y de nuestra mente, cuando está alentada por las certezas de la fe y del amor, por la confianza en Dios, apoyo firme y bien definitivo.

Pero eso implica la inteligencia y el rechazo del mal, de lo que realmente daña vida y naturaleza, del pecado. Y este rechazo nos afecta, pasa a través de nuestra propia conciencia, como un juicio, que podemos acoger porque viene precedido por el consuelo, el perdón y la misericordia.

La resurrección es la victoria de la humanidad, porque es la afirmación definitiva de su vida, por el camino de la reconciliación y de la paz. La primera palabra de Jesús a María Magdalena fue hablarle al corazón llamándola por su nombre; y la primera dicha a los Once en el Cenáculo fue: paz a vosotros, llevad el perdón –la victoria sobre el mal– a todas las gentes.



La victoria del Resucitado se demuestra venciendo la incredulidad de los suyos, llenándolos de un Espíritu nuevo, y enviándolos como sal y luz del mundo; y no en el abandono de esta tierra, de una humanidad que sería demasiado ingrata y pecadora. La victoria de Dios es traer aquí la salvación, mostrar que, a pesar de nuestra pequeñez y pecado, la potencia y la gracia de Dios hace maravillas en nosotros: llena de sentido y de valor la vida, de frutos de bien, de justicia y de verdad; colma los corazones con la compañía del Señor y de los hermanos, de la Iglesia entera, y con la esperanza firme de un destino de vida definitiva, de amor y de hogar.

Porque Cristo ha resucitado, no rechazamos ya la vida, ni tememos la muerte. Apreciamos la tierra y el trabajo, la solidaridad y el amor; el consuelo de los amigos, la alegría que el Señor nos pone en el corazón. Caminamos juntos, sostenidos y guiados por la presencia del Resucitado, que no ha desmentido su benevolencia, su sabiduría, su amor, por nosotros; sino que los ha confirmado definitivamente, como la realidad que nunca pasará, que, al contrario, manifestará su verdad poco a poco ante nuestros ojos.

Ya ahora se hace presente en nuestra vida la alegría de la resurrección: la luz de la fe, la certeza de la esperanza, la energía de la caridad. Ya ahora somos reunidos de nuevo y cuidados por el Señor, que nos acompaña en nuestra historia, que no pudo ser desterrado de la tierra por ninguna violencia, y ni siquiera por la muerte.

Que Él nos conceda ser testigos de su resurrección, con la sencillez de nuestra palabra, con la realidad del amor fraterno, con nuestra unidad vivida como miembros de su Iglesia, con la libertad humilde y verdadera que nos da como discípulos suyos.

Y que así, como nos ha indicado el papa Francisco, podamos ser verdaderos "peregrinos de esperanza", testigos de la vida imperecedera en medio de nuestro mundo.

Alfonso,
Obispo de Lugo